

Tucapel, la primera batalla española en Chile: Lautaro y el triunfo araucano

Leoncio CABRERO FERNÁNDEZ (*)

Muy alejado de la realidad estaba Pedro de Valdivia cuando en octubre de 1550 le envió una carta al Emperador Carlos V, justificando su petición de desplazarse hacia el Sur de Chile, no por intereses personales y ambiciosos, sino por servir a su emperador: «E no pido esta merced al fin que otras personas, de abarcar nuestra tierra, pues para la mía Siete pies bastas.» Desgraciadamente, como veremos, su cuerpo mutilado ni siquiera necesitó tan escasa tierra.

Analizamos en este breve trabajo el internamiento de Valdivia y su vuelta al territorio araucano, en el que la resistencia del guerrero Lautaro condujo a la derrota española en la llanura de Tucapel. Fue la primera batalla, dura y sangrienta en la que junto a Valdivia murieron otros españoles, mientras que para los araucanos —los chilenos prehispánicos— supuso defender con valentía y bravura los límites de su territorio, que ni siquiera los incas, en su expansión, lo habían logrado.

EL EJÉRCITO ARAUCANO

Entre los araucanos no existió el concepto de milicia en la época prehispánica, fue posteriormente, con la presencia española cuando se organizaron para presentar un frente común de resistencia. A la llegada de los españoles actuaban según las necesidades y los acontecimientos. «Gobiernanse estos

(*) Catedrático de la Universidad Complutense de Madrid.

bárbaros monstruosamente. No reconocen superior, ni cabeza que los mande con imperio, ni hay en ellos forma alguna de réplica, horca ni cuchillo. No tienen juez que castigue delitos, ni otra sujeción que su apetito ni más potestad a quien obedecer que a su misma naturaleza individual; y los que juntan ejércitos, son los más ricos o los más valientes» (Santiago de Te-lillo, p. 24).

La lucha armada contra otra tribu obligaba a elegir a algún cacique que dirigiese las acciones, que recibía el nombre de *toqui*. Su autoridad se extendía sobre la parcialidad y que participaban en la guerra y concluía en el momento que ésta terminaba. El pueblo araucano carecía, en suma, de unidad política. Era sólo un conjunto numerado de *levos*, razón por la cual los españoles afirmaron que eran gente de «bebetría», expresando de esa forma su falta de organización, jerarquía y cohesión» (Villalobar, p. 75).

Los ataques de otros grupos sabían afectar solamente a algunos *levos*, que se aliaban eventualmente y se ponían a las órdenes de uno de sus caciques. Muy rara vez debieron formarse alianzas mayores que uniesen a un gran número de *levos*. Cuando estallaba el conflicto, el *toqui* enviaba un mensajero con una flecha ensangrentada, que recorría las diversas porciclidades, que manifestaba el lugar de reunión y el día señalado. Para que todos concurriesen en la fecha precisa llevaba un *quipu*, en el que aparecían varios nudos; cada día que pasaba desataba un nudo y de esa manera se llevaba la cuenta perfecta.

El día señalado los guerreros estaban todos reunidos. Portaban una pequeña bolsa con algo de harina y aji, y antes de entrar en acción purgaban su cuerpo. Como vestiduras defensivas utilizaban gorras de cuero crudo, y una pieza de cuero duro, de lobo marino, que cubría el cuerpo por delante y detrás hasta la altura de las rodillas. Las armas ofensivas eran lanzas, hachas de piedra, hondas, porras y macanas. Valdivia nos ha dejado una descripción: «Verían en extremo muy desvergonzadas en cuatro escuadrones de la gente más lúcida, bien dispuestas, que se ha visto en estas partes, e más bien armada de pescuezos de carneros e ovejas (llamas) y cueros de lobos marinos, de infinitos colores, que eran en extremo cosa muy vistosa y grandes penachos, todos con celadas de aquellos cueros a manera de bonetes, que no son hechas de armas, por aceradas que sean, que haga daño de que las trajere.»

ESPAÑÓLES Y ARAUCANOS: EN UNA GUERRA CRUENTA

Las guerras de Arauco definieron en muchos aspectos a la sociedad chilena, en cuanto a su estructura social y económica. La larga historia de avances y retrocesos en territorio mapuche conformaron un aspecto social peculiar.

A través de toda la época colonial se vivirá pendiente de incursiones. La militarización de la sociedad fue una constante, ya sea a través del sistema de milicias vecinales como la llegada de nuevas tropas a las zonas más conflictivas, lo que hicieron de la región una de las más fortificadas y centro de contingentes militares ante el peligro de los ataques araucanos o de las incursiones de piratas ingleses, holandeses y franceses. Otro factor que permitió la larga resistencia araucana fue una especie de aculturación selectiva que les permitió escoger las innovaciones de la cultura española que le fueron útiles a sus fines, y así vemos, como el uso del caballo, como posteriormente las armas de fuego, les permitiría combatir en igualdad de condiciones con sus enemigos (Esteve, p. 430).

Una larga historia de combates y parlamentos de paz entre ambas partes, para iniciar las luchas unos años después, son las características de los siglos coloniales. Los ataques araucanos a los jugladores españoles influirán en el proceso de mestizaje de este pueblo, ya que es resto de mujeres blancas será uno de sus botines preferidos. La guerra hará que se transforme su forma de vida, ante la imposibilidad de practicar una agricultura constante por los efectos de la guerra, la ganadería se irá convirtiendo en la base de su economía.

A Lautaro se le puede considerar como el héroe nacional de la primera lucha por la independencia chilena, el «viriato araucano». En él, según Alonso de Ercilla, se hermanaban inteligencia, belleza física y fuerza. Engañosamente había logrado captarse la confianza de Valdivia.

A principios de 1553, Valdivia había pensado en la conveniencia de aumentar la guarnición de uno de los fuertes últimamente fundados, el de *Tucapel*, y con ese motivo envió a Diego de Maldonado con cuatro o cinco hombres de guerra. Pero entre Arauco y Tucapel vio interceptado su camino por algunos indígenas hostiles. Esa derrota fue el punto de arranque de una serie de reveses que condujeron a la muerte de Valdivia (Esteve, p. 431).

La población araucana entre los ríos Itata y Tolten era la más inmensa. Bibor, siempre atento a la realidad indígena, recuerda las primeras incursiones entre los ríos Loja y Bio-Bio, señalando que había una población muy numerosa. Los testimonios respecto a la batalla de Andalien y el primer ataque araucano contra la recién fundada ciudad de Concepción nos dan la impresión de que se trata de enormes masas guerreras que, de no haber sido por la ausencia de caballos y arcabuces, hubieran eliminado a los españoles. Valdivia en las *Cartas* se refiere a la gran población de la Araucanía estimando que su densidad era superior a la de México (Villalobos, p. 4). La mayor concentración estaba en el Sitio que se extiende entre el Arauco y el río Caulin.

El jesuita Diego de Rosales, buen conocedor del pueblo araucano, estimaba —un siglo después de la conquista—, que en el distrito de La Imperial situado entre el Puren y el río Tolten había tantos indios «que no cabían en

la tierra», agregando que según algunos autores había 300.000. El pobre Rosales nos da una idea de la densidad de población al referirse a la *encomienda concedida a Valdivia en el siglo XVI, 40.000 personas en la zona costera hasta Arauco*.

A estas cifras citadas hay que añadir a la población indígena del llano central, comprendido entre el río Itata hasta la cuenca del río Malleco, y los indígenas que vivían al pie de la cordillera de los Andes. Podemos estimar pues la población araucana en 450.000 individuos (Villalobos, p. 94). La población huilliche, situada desde el río Tolten, al sur, era en cambio más reducida. La campaña efectuada por García Hurtado de Mendoza desde la región de Valdivia hasta el sitio de Reloncavi, sin encontrar recursos ni indígenas en largos trechos, constituye un dato muy significativo. No resulta aventurado suponer una población de 120.000 individuos.

La suma total de la población aborígen que habitaba el actual territorio de Chile, podemos cifrarla en 800.000 individuos. Es una cifra muy elevada si se tiene en cuenta la geografía chilena: desiertos, montañas, selvas donde no se podían obtener suficientes recursos económicos, y los valles, donde se podían recoger buenas cosechas, estaban infrautilizados. Los araucanos hábiles corredores, ágiles, cazadores fundamentalmente, numerosos como hemos visto, no se asustaron ni amedrentaron ante la presencia española.

La guerra, que se inició abiertamente entre las tierras comprendidas entre el Arauco y Tucapel, fue el arranque de un largo conflicto bélico. El ataque preparado por los indígenas fue preparado a traición, con el pretexto de abastecer de hierba al fuerte como era habitual, 100 indios ocultaron en ella sus armas, y una vez dentro, arremetieron contra los defensores. Fue el punto de arranque de la sublevación.

LA BATALLA DE TUCAPEL

El gobernador Valdivia, que se encontraba en la ciudad de Concepción, decidió ir en persona a sofocar la rebelión. Valdivia no contaba con hombres suficientes, los cronistas en este dato varían: para unos 60, para otros 36. Lo que sí sabemos, con más certeza, es que en Tucapel murieron 40 españoles.

El camino seguido por Valdivia desde Arauco a Tucapel estaba en silencio, apenas había sensación de vida humana. ¿Dónde estaban los indígenas? Estaban escondidos. Pero la señal de la violencia la vieron palpablemente cuando descubrieron en medio del camino un brazo descuartizado de un español, que todavía conservaba las mangas del jubón y de la camisa (Esteve, p. 439).

Valdivia, excelente capitán, en quien la inteligencia y el valor personal se equilibraban, se encontraba ante un pueblo aguerrido y valiente: «exceden a los del Perú en ser más animosos, más soberbios, más fornidos, de

mejores cuerpos y más belicosos y son mucho más bárbaros y temerarios, porque no creo se ha hallado alguna nación que adorase alguna cosa y la tuvieran por dios; éstos, ni a sol ni a luna ni a estrellas». Otro cronista, Alcedo, coincide con la descripción belicosa de los araucanos dada por Valdivia: «Éstos son los más valerosos y guerreros de toda América que han mantenido una continua guerra para no rendirse al dominio de los españoles, de quienes los separan, el río Bio-Bio, límite de la parte que poseen éstos pues aunque en diferentes entradas han penetrado de la otra parte y establecido varias ciudades y fortalezas, todas han sido arruinadas y destruidas por aquellos valerosos defensores de su libertad y de su patria que son diestrisimos en el manejo de las armas, aunque también esas armas de fuego aunque poco, porque dicen que son de cobardes. Son muy ágiles en montar a caballo y los tienen excelentes» (Alcedo, p. 301).

En Tucapel había una inteligencia rectora por parte de los indígenas. Lautaro, que se alzó con ventaja frente al ímpetu, al valor, las armas superiores y la táctica de los españoles, a quienes faltaba solamente el número para decidir de su lado la victoria.

Lautaro era un excelente estratega, gran conocedor de la psicología de los españoles, había sabido aleccionar a sus seguidores de los puntos débiles de los españoles y la clave para Lautaro estaba en la resistencia física: los españoles no eran invencibles y estaban sometidos al cansancio. El éxito estaba en cansar al enemigo, era la clave del indómito Lautaro. Si los araucanos lograban prolongar la lucha con incesante renovación de fuerzas, los españoles que no podían ser reemplazados, porque eran escasos, serían derrotados tarde o temprano. Había que continuar la lucha hasta lograr el cansancio de la reducida hueste blanca.

Tras el cansancio y la fatiga quedaba ahora por parte de los araucanos elegir el lugar apropiado para dar la batalla y ese lugar fue una amplia meseta que dominaba los valles y se alzaba en las últimas estribaciones de la sierra costera, rodeada por un río no muy caudaloso —el Tucapel—, en cuyas orillas crecía vegetación abundante. El lugar reunía todas las circunstancias favorables: arbustos y pajonales espesos, propios para ocultar a los guerreros. En el campo de batalla no quedó ni un solo español, habían caído en una cruenta emboscada. Góngora Marmolejo nos ha dejado una descripción completa de todo lo ocurrido. «No pudiendo sufrir el ímpetu de aquellos bárbaros volvieron las espaldas por el camino que habían traído creyendo que pudieran llegar al Arauco; más no le sucedió a Valdivia como él pensaba, porque los indios le habían tomado todos los pasos por donde habían de volver y las ciénagas que habían de pasar, que donde quiera que llegaba lo hallaba cerrado y puestos los indios a la defensa; y si dejaban el camino y se apartaban de él era peor, porque los caballos, como iban cansados, los indios que lo seguían, viéndolos embarazados buscando caminos, los alcanzaban cobrando más ánimo del que llevaban, les derrocaban de los caballos a

lanzadas, porque los indios que habían peleado, aunque les dejó el bagaje, no se ocuparon de él, más de dejar algunos principales con orden que lo guardasen y recogieran el servicio que los cristianos traían; y los más ligeros fueron siguiendo el alcance por la orden arriba dicha, los iban alcanzando y matando. Valdivia, como llevaba tan buen caballo, pudo pasar algo más adelante, siguiéndole un capellán que consigo traía, clérigo llamado el padre Pozo. Llegado a una ciénaga atalló el caballo con él. Acudieron los indios que le estaban aguardando, y como estaba en aquella necesidad fatigado, lo derribaron del caballo a lanzadas y golpes de macanas. Teniéndolo en su poder lo desarmaron y desnudaron en carnes, y ataron las manos con unos bejucos y así atado lo llevaron a pie casi media legua sin quitarle la celada Dorgoña que llevaba, que aunque lo probaron muchas veces no acertaron a quitársela; y como era hombre gordo y no podía andar tanto como querían, llevábanlo algunas veces arrastrando, diciéndole muchos vituperios y burlando de él hasta un bebedero, donde llegados con él se juntaron todos los indios y reporteros toda la ropa y despojo por su orden entre los señores y al yanacona Alonso, que después se llamó Lautaro, y salió en ser belicoso más que indio, porque les dio orden de pelear, le dieron la parte que él quiso tomar... Mientras en esto estaban, hicieron los indios un fuego delante de (Valdivia) y con una cáscara de almejas de la mar, que estos llaman *perlo* en su lengua, le cortaron los lagartos de los brazos desde el codo a la muñeca, teniendo espadas, dagas y cuchillos con que poderlo hacer, no quisieron por darle mayor martirio y los comieron asados en su presencia. Hechos otros muchos vituperios lo mataron a él y al capellán, y la cabeza pusieron en una lanza juntamente con las demás de los cristianos, que no les escapó ninguno» (Góngora Marmolejo, p. 104-105).

El cronista Góngora Marmolejo nos ha dejado una descripción realista de los últimos momentos del gran capitán que fue don Pedro de Valdivia: amputados los brazos desde el codo a la muñeca, asados y comidos por los aguerridos araucanos en su misma presencia, y después de la cruenta tortura, muerto, y su cabeza expuesta en lo alto de una lanza. Así fue la muerte del valeroso Valdivia.

Al día siguiente del desastre de Tucapel llegó al campo de batalla el capitán Gómez de Almagro con un grupo de 13 soldados. Tan pronto aparecieron en la sangrienta explanada, los indígenas continuaron en sus ataques causando algunas bajas españolas. Solamente quedaban cinco, decidiendo huir y alcanzar la recién fundada villa de La Imperial. Pasaron por el fuerte de Purés, que había sido abandonado ya por la hueste española tras haber resistido los primeros ataques indígenas, valiéndose de un rústico artillero que había preparado un soldado, consistente en dos cueros de lobos marinos, a manera de coraza, agujereados para dejar pasar las bocas de varios arcabuces. Pero a pesar del rústico cañón, tuvieron que escapar. Tras mil calamidades el valiente capitán Juan Gómez de Almagro, desnudo, descalzo y mal herido, pudo alcanzar la villa de La Imperial.

La batalla de Tucapel fue el comienzo de una larga guerra en territorio araucano. Góngora Marmolejo con tristeza recoge el pesar de los españoles «dio pena a todos ver que de nuevo se había de volver a hacer la guerra».

BIBLIOGRAFIA

- ALCEDO, Antonio de: *Diccionario Geográfico Histórico de las Indias Occidentales o América*, Madrid, Biblioteca de Autores Españoles, Edición y estudio preliminar de C. Pérez Bustamante, 1967.
- BRAUN MENÉNDEZ, Armando: *Pequeña Historia Austral*, Buenos Aires, Santiago de Chile, Edit. Francisco de Aguirre, 1971.
- CARUALLO GOYMECHE, Vicente: «Descripción histórico-geográfica del Reino de Chile», en *Colección de historiadores de Chile y documentos relativos a la Historia Nacional*, tomo VIII, Santiago de Chile, 1875.
- CAYOL, Rafael: «La colonia hispánica en el determinismo americano», en *I Congreso del Area Araucana*, tomo II, Buenos Aires, 1963, pp. 283-302.
- CUNILL, Pedro: *Geografía de Chile*, Santiago de Chile, Edit. Universitaria, 1971.
- DOMEYKO, Ignacio: *Araucania y sus habitantes*, Buenos Aires, Santiago de Chile, Edit. Francisco de Aguirre, 1971.
- ESTEVE BARBA, Francisco: *Descubrimiento y conquista de Chile*, Barcelona, Salvat Editores, 1946.
- EYZAGUIRRE, Jaime: *Fisonomía Histórica de Chile*, Santiago, 1973.
- GÓNGORA MARMOLEJO, Alonso de: «Historia de Chile desde su descubrimiento hasta el año 1575», en *Crónicas del Reino de Chile*, tomo CXXXI, Madrid, edición de Francisco Esteve Barba, BAE, 1960.
- NARDI, Ricardo: «La auracанизación de la Patagonia», en *Culturas indígenas de la Patagonia*, Madrid, 1985, pp. 235-264.
- PERICOT GARCÍA, Luis: «Los pueblos de América» en las *Razas Humanas*, dirigido por Pedro Bosch Gimpera, tomo II, Barcelona, Instituto Gallach, 6.ª edición, 1967, pp. 1-162.
- VILLALOBOS, Sergio: *Historia del pueblo chileno*, Santiago de Chile, Instituto de Estudios Humanistas, 2 volúmenes, 1983.
- ZAPATERO, Horacio: *Los aborígenes de Chile, a través de los cronistas y viajeros*, Santiago de Chile, Edit. Andrés Bello, 1973.